

*Al servicio de  
las ideas y los ideales*

**10 cts.**

# ***Colección Ariel***

---

---

## **El Gran Asesino**



**ABDUL-HAMID II,**  
Sultán destronado de Turquía por el partido progresista  
de los Turcos Jóvenes en abril de 1909.

**1.º junio 1909**

**Núm. 4 — Volumen 3  
MENSUAL**

**Casilla 533. — San José  
Costa Rica**

# COLECCIÓN ARIEL

PUBLICACION ECONOMICA

de escogida literatura internacional antigua y moderna

La serie anual de diez números vale \$ 1.00.—El número suelto vale 10 céntimos.—La suscripción se paga adelantada y sólo se sirve á quien la solicita.—Aparece el primero de cada mes.—Cada dos años forma un volumen por lo menos de 560 páginas científicas y literarias de lo mejor que se halla en las literaturas extranjeras.

Dirigirse al Editor: Casilla 533.—SAN JOSE, COSTA RICA

---

## Para la vida de la COLECCION ARIEL

(Suscripción de auxilio)

*Del 1º de mayo al 1º de junio de 1909.*—Don Porfirio Brenes C., Cartago, \$ 1.00.—Don Juan Méndez Ch., San José, \$ 1.00.—Don Nautilio y don Tulio Acosta, San Ramón, \$ 1.00.—Don G. Castro S., San José, \$ 1.00.—Don Juan Arias R., San José, \$ 1.00.—Don Francisco Jiménez N., San José, \$ 1.00.—Don Ramiro Aguilar, San José, \$ 1.00.

Esta sección señalará con exactitud matemática la eficacia de la cooperación que se presta con hechos y no con palabras.

---

## VARIEDADES

**Una esplicación ridícula.**—Un clérigo, ansioso de introducir algunos libros nuevos de himnos, ordenó al sacristán que diera el anuncio de ellos inmediatamente después del sermón. El sacristán, sin embargo, tenía un aviso que dar de su propia cuenta referente al bautismo de los niños. De acuerdo con esto, al concluir el sermón, él anunció: «Todos aquellos que deseen que sus niños sean bautizados, tengan la bondad de enviar sus nombres enseguida». El clérigo, que era sordo, figurándose que el sacristán estaba anunciando los libros de himnos, inmediatamente se levantó y dijo: «Y yo quiero decirles, para bien de aquellos que no tienen ninguno, que los pueden obtener de mí cualquier día de tres á cuatro de la tarde; los pequeños y comunes á quince céntimos, y los especiales con espaldas rojas á veinticinco céntimos cada uno».

# Colección Ariel

N.º 4 — Vol. 3

---

## Abdul-Hamid II

Midhat (1) en el destierro y estrangulado, la Constitución en suspenso, se pretendía anular la crema otomana que se llamaba la Joven Turquía. Esto fué la obra de unos quince años, durante los cuales se presentaron complicidades inesperadas.

La diplomacia de las grandes potencias había sido muy incomodada en sus combinaciones por el patriotismo demasiado novicio, orgulloso y antiextranjero de Midhat y de sus amigos. Entre los diplomáticos era—y aun es—de buen tono el no participar de los generosos errores del apacible lector de periódicos, el declarar imperfectible al Turco, y negar, en Oriente, todas las leyes de evolución que en cualquiera otra parte se realizan. Abdul Hamid estranguló á la Joven Turquía en medio de los aplausos de una opinión elegante.

Se encarnizó contra el cadáver, temeroso de verlo renacer. Para él se hicieron sospechosos los verdaderos Turcos: contra ellos amotinó el Asia y el Africa musulmanas. El panislantismo (2) á sus ojos vino á ser el único sostén de su poder reconquistado.

Sin embargo, comprendió que era preciso entretenir las ilusiones del mundo occidental, siempre inclinado á apasionarse de quimeras.

Se vió entonces organizar en toda la Europa el más formidable servicio de prensa que haya estado en manos de un gobierno después del primer

---

(1) El gran movimiento parlamentario, reformador y liberal que en Europa se llama de los Turcos Jóvenes fué iniciado por Midhat-Pacha y sus amigos.

(2) Movimiento en pro de la unión de todas las naciones mahometanas, con propósitos particularmente hostiles para las no mahometanas.

imperio francés. Napoleón tenía argumentos fuertes en pro de su propaganda: Abdul Hamid no tenía más que el Tesoro de un país endeudado y el celo de los diplomáticos. Embajadores turcos fueron retirados de su puesto por haber dejado pasar una crítica en un diario. «Cómo, decía uno de ellos, queréis que me ocupe de asuntos políticos? Si vivo con las tijeras en la mano...» Confiado en numerosos ejemplos, el ministro de relaciones exteriores afirmaba á sus agentes que todos los periodistas eran sobornables.

Más bien sombrío, Abdul Hamid aprendió á agradar. Atrajo á sí una multitud de personajes ilustres, los colmó de gracias y de regalos. Se le dió fama de encantador porque se dignaba sonreír y hablaba poco. En los salones y los parlamentos bien pronto no se vió más que ojales enflorados y cuellos escarchados de órdenes otomanas.

Mientras tanto, el Sultán se hacía llamar por doquiera el *restaurador de la instrucción pública*. Fundaba centenares de escuelas en donde procuraba mantener la más negra ignorancia. A los alumnos se les enseñó el culto de Su Majestad, una especie de idolatría que iba hasta la devoción más vil. Esas escuelas han creado una generación de policías secretos.

A fin de merecer el título de *protector de las ciencias*, quiso que su nombre figurara á la cabeza de la suscripción para el Instituto Pasteur. (1) Hasta fundó un laboratorio imperial de bacteriología en Constantinopla. Pero qué puede esperar la bacteriología de un príncipe que á la vez destierra de su imperio la física, la química y la electricidad?

De este modo, el Sultán parecía consagrado no más que á necesidades de sabios y no en vano debían ser gastados tanto arte con tanta malicia.

Para los diplomáticos y los financieros, todo el imperio otomano se encerraba en los cuatro mu-

---

(1) En París se inauguró este Instituto el 14 de noviembre de 1888. Se creó para tratar á los enfermos de rabia y las enfermedades microbianas. Se construyó mediante una suscripción internacional.

ros del palacio de Ildiz-Kiosk. (1) Para la opinión europea, en Turquía no había más que el Sultán. en él se veía al buen tirano del filósofo (2), se consideraba generosa la violencia de poner bajo su tutela á su pueblo, demasiado joven aun para la vida constitucional, de asumir él solo la enorme carga del poder.

En 1882 en la tribuna de la cámara francesa, un diputado aventuró el siguiente panegírico: «El príncipe ilustrado, laborioso y popular que gobierna hoy el Imperio con tanta inteligencia, consagración, extremo juicio, el Sultán Abdul Hamid...»

Ni una voz se levantó como protesta.

Cuando estallaron las matanzas de Armenia, la opinión europea no quiso dar crédito á los rumores. Bajo la influencia del dogma, los diplomáticos difícilmente admitieron la idea de una seria dificultad creada por el Sultán. Desde luego la culpa se la echaron á sus pueblos. Los teóricos de la cuestión de Oriente—algunos había entonces en el poder—opinaron que se continuara la intervención mediante consejos no más, cerca de Abdul Hamid, «cuyas dificultades eran grandes». (3)

Más tarde tuvieron al fin que convencerse ante la evidencia de los hechos. Trescientos mil Armenios habían sido asesinados y era verdad que la disposición de este crimen colosal había salido del Palacio del Sultán. La opinión cambió bruscamente.

Hacía siglos que no se había sospechado nada semejante: las imaginaciones se quedaron desconcertadas. En este drama horrible, cuyas causas lejanas y tardías, aun no se conocen bien, es preciso que hubiera un protagonista. Este debía ser un monstruo enorme y sin nombre, algún loco de genio. El César oriental apareció, en la púrpura sacada de las venas de sus súbditos, artista como Nerón y mirando no arder á Roma, sino morir á una raza fiel y dulce.

---

(1) La residencia imperial del Sultán.

(2) Para entender bien esta alusión véase *El buen tirano* de Diderot, publicado en el nº 1 de *ARIEL*, vol. 3.

(3) Palabras del *Libro Amarillo*.

Aun hoy, el *Sultán rojo* reina bello y terrible en las imaginaciones, poderoso y libre como un Dios.

(Del libro *Les Questions d' Orient*).

## Las matanzas de 1895-96 en Armenia

Es preciso notar que en Turquía, bajo el reinado de Abdul-Hamid, cada vez que se pronuncia la palabra *reforma*, sigue en más ó menos breve tiempo una matanza. La hemos visto en Creta y en Macedonia, endonde la volveremos á ver sin duda. En Armenia (1) sucedió lo mismo: la matanza general se resolvió el día en que no se pudo recular más ante la aplicación del programa reformador de las embajadas extranjeras. Suprimir la causa de la intervención europea, anular la clientela de Inglaterra en el Asia Menor, desviar la atención á toda costa y especialmente pasar por todopoderoso justiciero frente á una pretendida revolución, he aquí lo que determinó al Sultán.

Su genial hipocresía le sirvió para preparar el pastel. Importaba que á los ojos de Europa los armenios fueran los agresores. Una inofensiva manifestación, el 30 de setiembre de 1895, vino á ser, mediante los cuidados de la policía, un tumulto sangriento.

Algunos centenares de armenios, todos jóvenes, se encaminaron á través de Estambul (2) para ir á depositar en las manos del gran visir una súplica en favor de sus hermanos de Asia Menor. Todo esto se realizaba á algunos kilómetros del palacio del Sultán, sobre la otra ribera del Cuerno de oro. (3) Allí hubo alboroto y un oficial de policía fué asesinado por un desconocido que bien pudo ser un agente provocador. Al instante se apalearon á 3,000 armenios en Estambul; se les buscó hasta en el fondo de las tiendas y bajo sus camas. Des-

---

(1) Estenso país del Asia Occidental que en parte poseen los rusos, persas y turcos.

(2) Constantinopla.

(3) Así se llama la rada de Constantinopla.

pués se manifestó al mundo entero que los villanos anarquistas, matadores de príncipes, habían puesto en peligro la vida de Su Alteza.

Sin demora, personajes escogidos salieron para el Mar Negro. Desembarcaron en diversos puertos y se internaron en el país siguiendo caminos paralelos. Por doquiera que pasaban, decían esto simplemente: «Los armenios de Constantinopla han querido asesinar á nuestro Señor». Y detrás de ellos se extendía la huella sangrienta; cada vez que uno de estos emisarios abandonaba por la tarde una ciudad, al día siguiente estallaba en ella la matanza; y no se iba sin crear antes un estado mayor de burgueses musulmanes, sin fijar las órdenes militares ó tratar con los jefes kurdos. (1)

La historia de estas matanzas es conocida. Apenas sí se ha discutido el número de víctimas. Dos ó trescientas mil. «Aquí estamos, decía un embajador en Constantinopla, para contar los cadáveres». Esta cuenta aun no se ha podido hacer con esactitud.

La matanza enorme se realizó del 30 de setiembre de 1895 al 26 de agosto de 1896. En esta última época, los patriotas armenios desesperados y contando casi todos con muchos hombres asesinados y mujeres violadas en su familia, se habían venido á arrojar bombas en media Constantinopla.

Ocho mil pobres diablos, obreros, cargadores, artesanos de menor cuantía, pagaron con su vida este hecho significativo. Y de este modo se vió arreglada una cuestión irritante: los armenios eran los amos de la gran corporación de los *bamals* (cargadores); habiendo sido aporreados todos los *bamals* armenios, se reemplazaron con kurdos. De este modo las preocupaciones económicas se mezclan con todo, aun en Oriente. Pero después de agosto de 1896 las matanzas se concluyeron como por encanto. El Sultán no había contado con esta consecuencia aterradora de sus

---

(1) Pueblo del Asia Occidental.

artimañas de policía: las bombas estallando tan cerca de su palacio. Juzgó que ya era bastante lo hecho.

Durante este vergonzoso período, las potencias no habían intervenido nada más que para conversar, para amenazar en vano y hacer diplomacia. Es justo decir que desde el primer instante Inglaterra había declarado que se hiciera en común una manifestación naval. Pero la Rusia que pesaba sobre Francia en París, entreteniéndose con la Conferencia de Embajadores en Constantinopla, propuso por todo remedio á una situación tan espantosa, que cada potencia enviara un pequeño barco á las aguas del Bósforo. Cuando la camarilla de embajadores contó 5 contratorpederos ó viejas lanchas de madera á lo sumo, el Sultán pudo concluir en paz su sangrienta labor en las campiñas de la Anatolia. (1)

*Georges Gaulis*

(Del libro *Les Questions d' Orient*).

---

## El León

«Cristiana soy», en el pretorio dijo  
con fe santa y sereno regocijo;  
y doblar la rodilla  
no quiso, ni cumplir los ritos sacros,  
ante los insensibles simulacros  
de duro palo ó de grosera arcilla.  
Aplicando el pretor leyes severas,  
la condenó al suplicio de las fieras;  
y como era doncella muy hermosa  
y bajaba la frente avergonzada  
cuando clavaba en ella, codiciosa,  
el juzgador la lúbrica mirada,  
aquel infame, sin guardar respeto  
al rubor que la escuda,  
añadió á su tiránico decreto:  
«Vaya al circo desnuda».  
Desnuda, con su casta cabellera  
cubriendo el albo seno, entra ligera  
en el circo. Al momento

---

(1) Península al Oeste de Asia, estendida entre el Mar Negro y el Mediterráneo.

sale un león en rápida carrera  
de su cúbil, indómito y hambriento,  
y olfatea su presa jadeante.  
El pueblo, sin alarmas ni congojas  
con insensatos celos, ve delante  
la blanca virgen de las fauces rojas,  
y arde en su rostro arisco  
la lujuria del beso ó del mordisco.  
Ella recoge siempre sus cabellos,  
para velar su desnudez con ellos;  
la fiera, las quijadas  
abre, por el furor desencajadas;  
la cristiana «león!», dulce murmura  
y él, al oír su voz, trémula y pura,  
en el suelo se tiende ante la bella,  
tranquilo, sin soberbia, sin enojos,  
y como está desnuda la doncella,  
púdicos cierra los audaces ojos.

*Catulo Mendés*

Arreglo de Teodoro Llorente).

---

## Sobrevivirse

Mucho espanta la muerte, pero más el olvido.  
Del peso de los años al verse libre el hombre,  
teme que con su cuerpo se sepulte su nombre.  
Aun reducido á nada, quiere ser conocido.  
Y unos, libros y libros amontonan con ruido;  
y otros, con el estudio conquistan gran renombre...  
Y se van... y enseguida no hay nadie que les nombre,  
su pedestal triunfante cayendo carcomido.  
El tiempo iguala todo, cabañas y santuarios;  
alcázares y templos su vida ven minada,  
y no aun respeto logran de Egipto los osarios.  
Un día es un relámpago, un siglo una oleada;  
y el sabio como el necio, pobres y millonarios,  
van juntos al abismo hechos polvo, humo, nada.

*A. Des Essarts*

(De la *España Moderna*, 1<sup>o</sup> de febrero de 1908).—Trad. de Fernando Araujo.

---

## Las rosas de Saadi

Yo quise esta mañana traerte frescas rosas  
i tantas en mi talle prendí con loco afán,  
que las débiles cintas rompiéronse, i las flores  
llevadas por el viento cayeron en el mar.

Enrojeció la onda bajo los vivos pétalos  
que se iban alejando para no volver más...  
Ahora sólo queda su esencia en mis vestidos,  
perfumado recuerdo de mi amoroso afán!

*Marceline Desbordes-Valmore*

(Arreglo de Isafas Gamboa).

---

## La Rosa de Hoel

### I

En tiempo de las antiguas leyendas vivía aún el rey, de edad muy avanzada, de un país que ha desaparecido de los mapas. Su reinado fué glorioso; pero la edad, habiéndole quitado la resolución y la fuerza, no le permitía defender sus Estados de la codicia de sus vecinos.

Nada hubiera importado si tuviera algún hijo. Pero no le quedaban sino tres hijas de su difunta esposa, las tres iguales en belleza, pero de hermosura distinta: Judith, que parecía una romana por la regularidad espléndida de sus facciones, rodeadas de negra y espesa cabellera; Celia, que hacía pensar en las vírgenes de Murillo, teniendo la cabeza rodeada de una diadema de oro claro, pero llena de soberbia mundana, grande como su hermana y hecha como para llevar una corona; Margarita, la última, de un atractivo menos definido, pero más profundo, talvez; de color indeciso en los cabellos y en los ojos, de hermoso dibujo corporal, muy puro y de líneas irreprochables.

Como un viejo árbol sin hojas, moría el anciano rey, teniendo estas tres flores á sus pies, dos lirios y una violeta.

Se consumía, indiferente á los encantos de esta inútil progenitura, no pensando sino en su corona, cuyos florones serían arrebatados por manos extranjeras; y sin descanso se paseaba á orillas del

mar, único que respondía dolorosamente á sus tristes pensamientos, que se perdían en el horizonte negro, como gaviotas extraviadas en la tempestad.

Una mañana se oyeron algunas sonatas delante de su mansión, el puente levadizo se bajó, rechinando sobre sus cadenas enmohecidas. Un heraldo venía á pedir la mano de una de las tres hijas del rey para el príncipe Alarico, su amo. Era una alianza inesperada, el príncipe era valiente y poseía un ejército respetable. Sin duda quería hacer esta alianza con el objeto de agrandar pacíficamente sus dominios y ser el más poderoso de la comarca. No era solamente un príncipe poderoso, sino también un joven de hermosura varonil, que manejaba el verso como la espada, seduciendo entre todos, y del que muchas beldades ocultas se disputaban el corazón.

Judith, Celia y Margarita lanzaron una exclamación de gozo, cuando el padre introdujo al mensajero, y vieron pasar en una rápida visión el alegre olvido de esta morada lamentable, en donde, privadas de las caricias maternas, habían pasado su austera juventud. Pero pronto callaron pensativas. No había más que un príncipe Alarico y ellas eran tres.

Una antigua superstición pretendía que existía en un rincón de la comarca una flor misteriosa, que nunca había sido vista por persona alguna, pero cuyas virtudes eran de todos conocidas. Al que la cogiera le serían otorgados todos los dones del cielo. Se la llamaba la «Rosa de Hoel».

Habiendo consultado á su confesor, como para todas las cosas graves, el anciano rey pensó que este tesoro sería sobre todo precioso para la que debía gobernar después de él, por su matrimonio. Decidió, pues, que aquella de sus hijas que encontrase la flor encantada sería la esposa de Alarico. A todas tres les dió su bendición extendiendo los brazos á lo largo de su barba blanca, como dos ramas de sauce sobre el plateado líquido de un río.

Al separarse, Margarita fué la única que lloró.

## II

Cada una tomó camino distinto, dándose cita para reunirse en la encrucijada de los abedules y volver juntas: Judith y Celia, llenas de confianza; Margarita con la cabeza inclinada, como agobiada por el peso de sus ilusiones.

Todas tres á distintas horas, tuvieron una misma aparición.

A Judith, la primera, se le acercó un joven pastor, que tímidamente se arrodilló delante de su hermosura. Le dijo palabras de amor dulces y tiernas. Le ofreció sus más hermosas ovejas y sus más bellas flores por sólo una sonrisa. Desdeñosa Judith, apenas si le miró al soslayo y, como á pesar suyo, dejó salir de sus labios estas palabras de desprecio:

—Os equivocáis, pobre amigo. Soy la hija de un rey y voy á desposarme con un príncipe. Ya veis que no he nacido para un simple pastor.

Cuando á Celia le tocó encontrarse delante del hechicero incógnito, éste le pidió con mucha humildad, le oyese un sólo instante. La bella Celia contestó con una carcajada, y estas palabras lanzadas por entre sus blancos dientes, penetraron como flechas en el corazón del desgraciado.

—Os chancéais, pobre loco! Soy princesa y muy pronto voy á gobernar mi reino. Os haré dar cien latigazos si continuais con vuestras impertinencias.

Le volteó la espalda, enseñándole en una graciosa mueca su pequeña lengua como el pétalo de una rosa.

Margarita marchaba lentamente y siempre con la cabeza inclinada, cuando se encontró con el pastor. Se detuvo un momento al oír el murmullo acariciador de su voz. El pudor encendió su rostro y le suplicó que callara. El continuó contemplándola sobrecogido y la dijo todo lo que el corazón le dictaba. Ella quería huir cuando él se aproximó, pero una fuerza invencible retenía sus pasos. Ella imploraba su piedad mucho más que

su ternura. El era pobre y no sabía sino amar. Moriría si ella no lo consolaba con una mirada. Margarita estaba emocionada y las lágrimas humedecían sus rosadas mejillas. El le tomó la mano, sintiéndola estremecerse al contacto de sus labios. Con un brazo rodeó su talle, y medio desvanecida la colocó bajo una fresca sombra, en donde se quedó dormida, arrullada por las caricias del joven pastor. Despertó toda confusa, bajo la impresión de una caricia. El pastor estaba como trasfigurado delante de ella. Se le hubiese creído un ángel. Le puso en las manos una flor muy brillante y de perfume embriagador.

—Es la Rosa de Hoel—le dijo.—Adios.

A Margarita le pareció salir de un largo sueño. Pero tenía entre los dedos la flor misteriosa.

### III

Un soplo ligero pasaba por entre las ramas, en la encrucijada de los abedules. Se oyó como un ruido alegre de cascabeles por encima de las cabezas. Margarita llega la primera, y por la tarde, cuando el horizonte se engalana de brillantes celajes, llegan Judith y Celia tristes y las manos vacías. Una odiosa mirada brilla al mismo tiempo en sus ojos, cuando aperciben á Margarita arrodillada y dando gracias á Dios por su tesoro. El camino es muy largo para tornar á la mansión paterna y están demasiado fatigadas.

El sitio es alegre para descansar bajo su armoniosa sombra. No regresaron sino en la mañana siguiente. Margarita se duerme la primera. Sus hermanas velan y conversan en voz baja. Margarita sueña y su boca se entreabre con ligeros suspiros, de donde se exhalan, sin duda, las últimas delicias que la habían como bañado de un color y una luz desconocidos. Judith que ha conversado á menudo con la maga del bosque, señala con el dedo el sitio en donde reposa la cabeza de la dormida y que está lleno de cicutas, mata-lobos y campanillas: todas flores muy venenosas y pro-

picias para los hechizos mortales. Un poco de jugo de estas plantas al borde de los labios entreabiertos de Margarita, y su sueño sería eterno. Celia hace como que no comprende, pero se apresura á estrujar algunas de estas flores mortales haciendo caer una gruesa gota color violáceo, suspendida á la extremidad de una paja, en la boca entreabierta y temblorosa de aquella á quien quieren matar. Un fuerte estremecimiento y el corazón deja de latir, al mismo tiempo que cesa la respiración: ellas tienen miedo. Celia arranca con violencia la rosa de los dedos flexibles aún del cadáver.

—Es de las dos!—dice Judith.

—Es de las dos!—contesta Celia.

Se miran sin hablar, y comprendiéndose arrastran el cuerpo todavía tibio de su hermana á un foso profundo, abierto al lado de la encrucijada, y lo cubren con tierra, malezas, oxiecantos, espinas, ramas de enredaderas. Y cuando la luz del alba principió á hacer visibles las cimas más elevadas, se pusieron en marcha, no atreviéndose á mirar atrás, ni á pronunciar una sola palabra, llenas de terror ante la luz que aparecía.

—Padre, he aquí la Rosa de Hoel—dijeron al ver al anciano en el umbral de su palacio.

—Cuál de ustedes la ha encontrado?

—Yo!—respondieron las dos.

—La respuesta me deja en la misma perplejidad—contestó el rey lleno de gran melancolía. Y agregó:

—Qué es de Margarita?

—No ha llegado al sitio donde la esperábamos; pero pronto vendrá sin duda—dijo Judith.

—Ciertamente que vendrá—agregó Celia.

Margarita no volvió, y la grande tristeza del rey creció. Margarita era la más querida por ser la que más se parecía á su difunta madre.

#### IV

Un año ha pasado y llegado la primavera.

El anciano rey llora siempre. Solitario y seguido de su fiel escudero vaga constantemente alrededor del palacio, como si buscase todavía á la desaparecida. Aquella mañana prolongó su paseo hasta la encrucijada de los abedules. Se sentó sobre una piedra, más desesperado que nunca, cerca de un pequeño lago hecho por las lluvias de invierno, en el declive del montecillo, y alrededor del cual se entrelazaban algunas madre selvas. Cerca de este lugar reposaba Margarita.

El fiel escudero había sido en su juventud un hábil tocador de flauta rústica y le vino la idea de que talvez un poco de música distraería al anciano de su inseparable melancolía. Sin decir nada, cogió una caña y fabricó una flauta. Una vez concluída, procuró recordar una de las canciones que más agradaban al rey. Le vino á la memoria la que gustaba cantar la difunta reina. Acercó la flauta á sus labios y quiso producir las primeras notas; pero el instrumento rebelde hizo oír acentos extraños. Una voz de mujer, la voz de Margarita, se escuchó gemir dolorosamente, diciendo:

*Mis hermanas me han muerto  
por robarme la flor de mi amor.*

El anciano rey saltó como un jabalí herido. De las temblorosas manos de su escudero arrancó la flauta y la llevó á sus labios. Entonces la misma voz más lastimera aún, cantó de nuevo:

*Fadremto, mis hermanas me han muerto  
por robarme la flor de mi amor.*

Palideció el anciano, dejó caer el instrumento de sus manos desfallecidas; pero unos chiquillos que correteaban por allí, y que acudieron al grito que lanzó, la recogieron y soplaron en ella. La flauta repetía:

*Mis hermanas me han muerto  
por robarme la flor de mi amor.*

—Silencio!—gritó el rey. Y sombrío mandó á su escudero que fuese á traer á sus dos hijas.

Estas, que nada recelaban, acudieron contentas.

—Hijas mías, tocadme un poco de música para alegrar mi alma—dijo el rey con dulzura terrible.

—El pobre ha perdido la razón—dijo Celia en voz baja.

Y obedeció Judith; más casi se desmaya de espanto al oír estas palabras que salían de la flauta:

*Vosotras me matásteis  
por robarme la flor de mi amor.*

Buscando la daga en su cintura iba el rey á saltar sobre ellas, cuando se presentó un pastor, el mismo que habían encontrado las tres, con aire misterioso é imponente. Tomó la flauta; pero en sus manos no fué ya un gemido que exhalaba, sino una música deliciosa y divina: algo como un canto de agradecimiento y de amor. Y después de un preludio que hizo callar de admiración á los ruiseñores, la voz de Margarita se dejó oír:

*No me importa ni quiero la vida,  
he hallado la flor de mi amor.*

El falso pastor era el príncipe Alarico. Por sus ruegos Judith y Celia obtuvieron perdón y fueron encerradas en un claustro. Hizo llevar á su país el cuerpo de Margarita, y juró que jamás se casaría con otra. Cumplió su palabra, asegurando al anciano rey, hasta su muerte, la integridad de su territorio.

*Armand Silvestre.*

---

## CRITICA Y BIBLIOGRAFIA

### Una nueva ley científica

Sabido es cómo los católicos han tratado de acaparar á Pasteur, porque sus teorías, negando la generación espontánea, les parecían la consagración del viejo dogma de un Dios creador. Pasteur no tuvo jamás tales ideas; él se limitaba á cumplir, con genio, su tarea de sabio. No fué sin tristeza como, acosado por admiraciones demasiado piadosas, escribió á St. Beuve, según creo: «Continuemos nuestros trabajos, sin cuidarnos de

las consecuencias filosóficas ó religiosas, que de ellos puedan sacar».

Bueno es recordar esta anécdota, en el momento en que los católicos—políticamente monarquistas—tratan, con muy poca destreza, después de todo, de cambiar en su provecho los resultados de una nueva teoría científica que comienza á hacer ruido en el mundo, la ley de la constancia vital.

M. Dastre la exponía el otro día en la sesión solemne del Instituto y mostraba su importancia suprema.

Es preciso, pues, si se quiere estar al corriente de las novedades intelectuales, tener nociones acerca de esta reciente idea científica, pues de lo contrario estaría uno expuesto á sonrojarse como en el caso de no tenerlas sobre los trabajos de Darwin y sobre la idea evolucionista, que ahora forma parte de la cultura general.

El hombre es el producto de una evolución, cuyos orígenes son contemporáneos de los orígenes mismos del mundo. No tiene solamente por antecesores á los hombres, cuenta también en su genealogía toda suerte de especies animales. Su descendencia del mono, por el intermedio de una forma semi humana todavía mal conocida, está hoy averiada.

El mono, como todos los demás mamíferos y también los masurpiales (kangueroo didelfo) son trasformaciones de reptiles; los reptiles, en fin, han nacido de los peces, que fueron los primeros vertebrados que aparecieron, y los peces se enlazan con los anélidos, humildes animalitos marinos. Pero no nos remontemos á mayor altura que la de los peces, pues con este hecho tenemos la certitud que se puede demostrar cotidianamente. En un cierto estado de su desarrollo el embrión humano tiene los principales caracteres de los peces. Nosotros todos, tal como hoy somos, fuimos, en un momento de nuestra vida oculta, un pez; eso es tan cierto como el hecho científico más fácil de verificar. De esta constatación y de cien otras, se ha podido sacar este aforismo que enlaza la evolución de los individuos con la evolución general: «Todo individuo atraviesa en su desarrollo embrionario las fases por las cuales ha pasado la evolución de su especie á través de las edades».

Este gran descubrimiento de la trasformación de las especies se debe, como se sabe, casi todo á Darwin. Es él quien ha propuesto y demostrado el principio de la evolución. Pero aunque él ha explicado el «como» en sus libros de una manera tan maravillosamente clara, no ha encontrado sin embargo el «por qué». Ha constataado hechos, pero no ha mostrado por qué causa estos hechos son absolutamente necesarios.

Las teorías de M. Quínton han venido á llenar esta laguna, al mismo tiempo que confirman de una manera muy clara los principios mismos del darwinismo, del evolucionismo, del trasformismo.

Antes de M. Quinton, aun se podía, en rigor, con un tanto de buena fe, contestar las conclusiones de Darwin; hoy es imposible: los hechos están ligados entre ellos, conocemos su causa necesaria, implacable. Más aún, gracias á M. Quinton, el evolucionismo, debe más bien ser considerado como revolucionismo.

Dos cosas deben ser consideradas en esta teoría: la vida, ella misma, y el medio en el cual ésta evoluciona. La vida es un fenómeno fijo. Comienza en el medio marino, en los orígenes del mundo, y tiende constantemente á conservar, á través de las trasformaciones del medio terrestre, las condiciones originales de su aparición. Como consecuencia, los animales más elevados, los animales superiores, entre los cuales el hombre está en primer término, son aquellos que han sabido conservar en el interior de su cuerpo, bajo la forma de sangre, un medio vital casi idéntico al medio marino original, medio en el cual la vida ha nacido: el hecho es que el grado de saladura de nuestra sangre representa la saladura del agua del mar en el momento en que la vida apareció, y, de otro lado, nuestra temperatura interna representa la temperatura media del globo, á la época del nacimiento de nuestra especie.

El medio terrestre es inestable. Después de los orígenes ha variado mucho. El calor ha disminuido constantemente. Antes, en las épocas más lejanas, hacia los polos, hoy extensión helada é inaccesible, había un clima más cálido aun que el de los trópicos. La vida ha nacido en este medio tórrido, en el fondo de un océano que sobrepasaba en mucho la temperatura del mar de las Antillas ó del de Java. Sin embargo, los polos se enfrían, y sucesivamente todas las otras partes del globo. Entonces la vida animal se encontró con esta alternativa: ó aceptar las condiciones nuevas del medio, ó insurreccionarse contra estas condiciones, luchar y mantener interiormente, á despecho de la temperatura exterior, la temperatura elevada de los orígenes.

Es este el momento solemne en el drama del mundo. Qué va á pasar? Si las nuevas condiciones son aceptadas, es la caída fatal. Si son rechazadas, es un desenvolvimiento magnífico en el porvenir. Casi toda la animalidad se sometió: está representada hoy por la más baja clase del mundo vital: los invertebrados. Un solo representante del mundo animal se revolvió, hizo, hizo un esfuerzo prodigioso, entró en lucha con el medio hostil y lo dominó: el vertebrado. Así la vida, en lo que tiene de superior, se afirmó, desde los primeros tiempos del mundo, como una insurrección.

Hay en la obra de M. Quinton «*El agua de mar*», una página admirable, de la cual quiero citar algunos pasajes:

«El vertebrado, dice, resurge como marcado de un carácter particular, que lo opone al resto del reino ani-

mal, dejándolo muy por encima. En tanto que el reino animal todo entero acepta ó más bien soporta, enfrente de la concentración progresiva de los mares y del enfriamiento del globo, las condiciones nuevas que se le hacen, y á las cuales no se puede someter sino languideciendo, los vertebrados dan pruebas de un poder especial. Rehusan un tal «acepto» y mantienen, en frente de las circunstancias enemigas, las solas condiciones favorables á su vida... No son como los invertebrados, los juguetes pasivos de circunstancias que los dominan, sino, en cierta forma los dueños de las condiciones propias del terreno, inherentes á su prosperidad. En medio del mundo físico que lo envuelve, lo ignora y lo oprime, el hombre no es el «solo insurrecto», el solo animal en lucha contra las condiciones naturales, el solo tendiendo á fundar en un medio instable y hostil los elementos fijos de una vida superior. El simple pez, el simple mamífero... tienen en jaque á las leyes físicas esenciales. Cuando el hombre se enfrenta á las leyes naturales que lo rodean, para dominarlas en lo que tienen de enemigas, participa desde luego del genio del vertebrado».

Soy yo quien ha subrayado y á propósito las palabras: «el solo insurrecto». Estas palabras indican en efecto cuál es la orientación que se debe seguir cuando se trata de aplicar en el dominio social los principios biológicos propuestos por M. Quinton. Lejos de enseñar el estancamiento, la resignación, la aceptación, aconseja al contrario, si uno sabe comprenderlo, la revuelta contra todo lo que impedirá á la vida mantener sus más altas condiciones de fuerza é intensidad.

Estas ideas se enlazan con las ideas maestras de la filosofía de Nietzsche: hay que progresar ó degenerar. Hay individuos y pueblos como especies animales: los que aceptan las condiciones que les proporciona el medio tradicional, los que no reaccionan, son condenados á la decadencia: esos son los invertebrados. Los caracteres del organismo superior, al contrario, reaccionan, sea por una evolución profunda y continúa, sea por una brusca revolución, contra la mediocridad del medio en que viven y que tiende á dominarlos y empequeñecerlos.

Se declara con facilidad en ciertos medios que los pueblos de porvenir son los pueblos sabios, dormidos en la tradición de un orden político, de un orden religioso, de un orden moral: estos son al contrario pueblos en derrota. Pero todavía hay algo peor: hay los grupos políticos ó sociales que sueñan, no cumplir la tarea del vertebrado, que es la lucha perpétua contra la hostilidad del medio, sino volverse invertebrados y dormirse dulcemente sobre las viejas tradiciones.

Hay, según las teorías de M. Quinton, en el dominio social como en el dominio biológico, un punto fijo que debe quedar fijo, bajo pena de caducidad, es la vida;

pero no hay que confundir como lo hacía últimamente M. Leon Daudet, en *Le Gaulois*, la vida con el medio en que ella se desenvuelve. La vida es estable y el medio inestable. Las instituciones políticas ó sociales más diversas han sido sucesivamente imaginadas por el hombre para asegurar, según las necesidades del momento, el desenvolvimiento de la vida. A medida que ellas le han parecido insuficientes, las ha dejado á un lado para imaginar otras más conformes con sus necesidades: y así el progreso social aparece como una necesidad, con el mismo título que el progreso anatómico que ha transformado un gusano del mar en pez y un pez en mamífero ó en ave.

En los dos casos, hay un fin perseguido. Se trata para el hombre de crearse condiciones tales que la vida pueda mantener allí sus más altas tendencias.

Cuando las condiciones sociales que el antiguo régimen daba á Francia parecieron insuficientes á los hombres para el mantenimiento de su vida, procedieron como buenos vertebrados y se insurreccionaron. La civilización no es más que una serie continuada de insurrecciones, ya contra la hostilidad de las fuerzas físicas, desde luego contra el frío, ya contra las fuerzas sociales, las cuales, después de un período de utilidad, tienden casi siempre á evolucionar hacia el parasitismo.

Tales son las conclusiones políticas que se han podido sacar de las teorías de M. Quinton. El deja decir y continúa sus trabajos. Mas, semejante en esto á Pasteur, de quien tiene la serenidad, se le parece en su abnegación en pro de la humanidad.

Puesto que el agua del mar, se ha dicho él, representa el medio natal de la vida, es probable que inyecciones de agua de mar, fluido vital por excelencia, darían excelentes resultados terapéuticos. Ha hecho algunas experiencias, llevándolas á término con buen éxito en varios hospitales de París con el concurso de los médicos más distinguidos, y ahora no pasa un día sin que su método no salve de la muerte á varios niños. Hablo á conciencia, midiendo mis términos: el tratamiento por el agua de mar da cuotidianamente resultados inesperados, cuando los medicamentos conocidos parecían inútiles.

Pero este es otro aspecto de la cuestión, que no puedo más que iniciar hoy. Es ya bastante para demostrar que este gran teórico está igualmente en camino de hacerse un gran bienhechor de la humanidad. Comprendo que los partidos políticos ó filosóficos se lo disputen. El, sin embargo, no deja su laboratorio, sino para encerrarse en los hospitales. Pertenece á la ciencia.

*Remy de Gourmont*

## LOS FRAGMENTARIOS

Buenos Aires.—Edición de «Nosotros» 1909

Carta á Pedro Sonderéguer

Tomo del olvidado rincón y enciendo la vieja lámpara de Fausto para que vierta sobre mi mente y sobre estas páginas la serena luz de la Filosofía.

Es grato traer al amigo junto á sí para decirle cuanto se piensa de su libro, del hijo más amado de su inteligencia, con esta casta mansedumbre del hombre que ve en cada obra el esfuerzo realizado para llevar un manojo de rayos estelares al sendero por donde va avanzando la Humanidad.

Y aquí, en la misma casa, respirando el mismo ambiente que usted respiró más de una vez, con la imaginación le tengo clavado junto á mí para que escuche una conversación tan sincera como la de hace cinco años á propósito de su *Cóndor*.

Cuán diferente el camino de usted ahora, que se ha puesto en el alma el cilicio quemante de este amor por la Filosofía que hiere y hace sangrar luz á nuestro corazón. En aquel tiempo tenía usted la veneración discipularia para Vargas Vila y hoy no quiere usted maestro alguno. Como un péndulo, su pensamiento ha oscilado de uno á otro error, desde mi punto de vista y no del suyo. Un mal maestro había elegido usted y le seguía demasiado de cerca para no aceptar hasta sus grandes yerros literarios. Nada más pernicioso en las letras que el deseo de hacer escuela. Y este deseo había perdido ya á Vargas Vila. Usted no andaba bien entonces y afortunadamente lo comprendió y ha entrado por un sendero poco frecuentado en nuestra América, pero muy digno de sus fuerzas. Mas ahora no quiere usted maestro. Es que fué muy dura su esclavitud? No obstante, usted tiene maestros. Su amor por los fragmentarios se lo ha inspirado Nietzsche y su independencia intelectual es de Montaigne que ha dicho: «Si mi objetivo hubiera sido buscar el favor del mundo, habría echado mano de adornos prestados; pero no, quiero sólo mostrarme en mi manera de ser sencilla, natural y ordinaria, sin estudio ni artificio, porque soy yo mismo á quien pinto... Así, lector, sabe que yo mismo soy el contenido de mi libro»...

Por lo demás, cuándo se puede estar seguro de vivir alejado de todos los maestros? Acaso se enseña solo de viva voz ó con la palabra escrita? Quién puede plantearse en el universo, como una isla abandonada de todas las corrientes de pensamiento que circulan por los mundos? Quéralo ó no, sépalo ó ignórelo, usted tiene sus maestros, y no son precisamente los mejores

quienes le enseñan directamente, sino quienes le hacen pensar y descubrir.

Su época—usted mismo lo dice—es de siembra. También hace usted la semilla? No ha pensado usted alguna vez en ese delicioso fenómeno de encontrarse repentinamente cara á cara, con un noble pensamiento, de intención osada y que antes no le había visitado, siendo, sin embargo, suyo? Usted, que ha escrito algunas páginas sobre *Crítica del genio* no ha pensado más de una vez en la esencia de la inspiración genial? Hay algo más allá de Lombroso y Nordau, de Gail y de Sergi que han escrito también sobre el genio. No ha construido usted la semilla que siembra y mucho de sus futuras cosechas procederá de esta semilla.

Ya lo ve; usted tiene maestros y no dejará de tenerlos nunca.

Exija usted á los maestros libertad para juzgar sus enseñanzas, aplique sus hermosas facultades en ampliarlas y profundizarlas, pero no reniegue de los maestros.

No va viendo los continuos esperpentos de nuestra América literaria? Es que los jóvenes escritores no aprovechan, no quieren, no necesitan los maestros. Sus proclamaciones de independencia son frutos de ignorancia de la naturaleza de la legítima independencia, que viene sola, mientras nos hallamos en la compañía del maestro. Cuando se ha sentido usted más dueño de sus fuerzas? Justamente cuando estudiaba sus fragmentarios.

Duélese usted de la América literaria y no forme coro con los que gritan contra los maestros, porque les falta la energía de voluntad que demanda un estudio concienzudo. Exprimamos toda la savia de los grandes maestros para hacernos más fuertes, á fin de que algún día posea América los maestros que enseñarán al mundo. Tal debe ser el ideal.

Pero volvamos á su libro.

Por qué les llama usted fragmentarios á La Bruyere, la Rochefoucauld, Marco Aurelio y Pascal?

No ha definido usted á los fragmentarios. Hay dos grupos. Los que piensan á retazos y escriben cuanto piensan y aquellos otros que conciben la obra y sólo escriben fragmentos del bloque entero.

De los primeros es Nietzsche y su Leonardo. De los segundos es su Pascal. La Bruyere, sobre todo, no es un fragmentario. Cuando escribe sobre las mujeres ó sobre el buen gusto es completo, dice cuanto quiere y cuanto piensa, como un ensayista cualquiera. Tanto valdría llamar fragmentario á Montaigne, ó á Emerson ó lord Avebury.

Marco Aurelio es menos fragmentario que Epicteto, pero yo no se lo discuto.

Acaso no ha querido usted «definir», porque Leonar-

do dijo que definir es limitar? Y quién sabe limitar? Quién conoce los límites precisos de alguna cosa, cuando todo el universo es continuo? Las limitaciones son convencionales. En las palabras introductorias de usted ha podido decir lo que entiende por fragmentarios. Quizá hubiera sido una enseñanza.

Cierto es que usted define el fragmento como un «extracto concentrado de idea» pero tales fragmentos los halla usted en Kant como en Homero. También reconoce usted eso.

Y ahora, vengamos á su pesimismo. «Alguien ha observado—dice usted—que los mayores talentos de la Humanidad han sido pesimistas». Ha tomado usted la afirmación al pie de la letra y no se ha dado la molestia de comprobarla. Con mejor fundamento podría establecerse la proposición contraria: Los mejores talentos de la Humanidad son los que han descubierto las maravillas del mundo, proporcionando con ello más dicha, más grandeza y más alegría á los hombres. El más tenebroso pesimista se siente á veces contento de descubrir que tiene razón. Nada hubiera hecho más feliz á Schopenhauer que el reconocimiento y la admiración de sus contemporáneos. La vida, aun en medio del dolor es buena, su función trascendente es colosal y sólo cuando la venda construida de ilusiones desgarradas está delante de nuestros ojos, hallamos que es mala la vida y no vale la pena de ser vivida. Bien vale esa y todas las penas del mundo; por eso la poseemos y conservamos.

No debo seguir á usted en todos sus pormenores. También ha querido ser un fragmentario y sus capítulos llevan títulos extraños: *La Bruyère*, *Pascal* y nos quedamos sin conocer la vida interna de estos pensadores. Es que usted ha encontrado en ellos hermosos pretextos para emitir opiniones personales sobre diversas cuestiones. Sus páginas son comentarios, acotaciones marginales. No son los bustos, ni las estatuas, sino los torsos y las frentes y las bocas y los hombros rotos.

De todos sus pensamientos el más frecuente y el más simpático es la soledad. Ella produce la concentración de las fuerzas del entendimiento, en su seno se forman todas las grandes cosas, según la expresión de Carlyle. Pero no sea usted de los solitarios misántropos, sino de los fecundos que se retiran para crear más sabia y más enérgicamente.

Estima usted la vanidad y su criterio es utilitario. Si ella ha producido buenos resultados, es una virtud. La vanidad es una forma del egoísmo: usted es también consecuente y hace el elogio del egoísmo. Ensalzar este sentimiento, el de la vanidad y el del orgullo, ¿hay nada más justo? Cuando reconozcamos todos que la vanidad ha producido grandes servicios, podremos desconocer sus graves males? Como estos son más los hombres desdeñan teóricamente la vanidad.

Y afortunadamente para la Humanidad, hoy se va por un camino totalmente distinto del que usted trazaría. Ud. cree sinceramente en la perfectibilidad humana. Por cierto cita á Condorcet y Fontenelle, cuando esta aspiración y esta evidencia se remontan á muchos siglos atrás; pues bien, la moral no desaparecerá, sino que se encarnará en los hombres; habrá desaparecido de las vanas discusiones humanas, pero no de la conciencia superior que habrá desenvuelto la humanidad. Las pruebas de la relatividad de la moral no dan derecho á juzgar que esta acabará. La moral de los hombres perfectos será una moral muy superior á la que ahora es un sueño; pero será una moral. No habrá dejado de existir.

Al final de su libro expone el fundamento de la moral que usted crearía. Los sentimientos que actualmente experimentamos constituirían la base, para que fuese eterna. Esto podría ser la etología de la Humanidad actual, pero no la moral en el sentido filosófico de la expresión. Toda moral debe proponerse un hombre ideal, de lo contrario nace muerta. Si esta verdad no se la ha enseñado la historia de los sistemas y de las religiones, deténgase un poco más en sus estudios. Sobre el fundamento de la moral que usted propondría conversáremos á la publicación de su libro. Permítame ahora decirle que el amor de si mismo no es sólida base para un<sup>a</sup> moral duradera. No es la moral del héroe, cuyo culto usted condenaría.

Cuando afirma que es indispensable destruir el culto de los héroes, he sonreído diciéndome: un nuevo heroísmo. Los héroes no morirán de la memoria de los hombres: son símbolos compendiosos y esporádicamente diseminados de lo que será la Humanidad del porvenir. Amándolos é imitándolos apresuraremos la evolución moral de los hombres.

*Roberto Brenes Mesén*

---

## Lo que es preciso decir

Hay entre todas las ciencias una que desde el punto de vista pedagógico ó particular, tiene una gran importancia, el hombre se ve en ella como en un espejo: es la que da las lecciones de cosas más impresionantes. Basta con rebuscar todo lo que ella contiene para obtener toda la verdad moral y como corolario, toda la bondad. Cuando uno la escucha habla y lo diría todo, pero por un grave vicio de la instrucción, se le impide hablar, digo más, quien relata repite á menudo lo contra-

rio de lo que dice ella; ó con más exactitud, calla la mitad de sus palabras. Permítase que *la Historia* hable libremente, y enseguida habrá desaparecido el esplendor militar, la guerra se quedará sin prestigio y el terreno limpio, para fundar la paz. Que el libro escolar, que la enseñanza oral del maestro y del profesor secundario descubran las desventajas de la guerra, sus horrores de toda clase, su inmoralidad hasta donde sea posible narrarla sin duda, á los niños, pero sin callarles enteramente sus crueldades, sus injusticias, sus vergüenzas, sus vilezas. El maestro seguirá al soldado desde su entrada al campo de batalla, describirá sus angustias, sus compasiones, sus furores necesarios, la embriaguez de la pólvora, sin la cual no podría lanzarse, la obligación de matar para que no lo maten, las cabalgatas sobre los moribundos, los ataques de diez contra uno, las emboscadas y las trampas, el fusilamiento que desde lo alto hacen los pelotones armados á los soldados que están en el bajo, sin defensa alguna posible, los gritos, las imprecaciones más verdaderas que los llamados *dichos históricos*, las huidas sin vergüenza, los soldados que se disparan unos á otros y á los jefes, el transporte del campo de batalla, los moribundos colocados encima ó debajo de los muertos, la sed, la fiebre, las amputaciones, los pedazos de hombres, el deseo de morir, el espanto de sufrir más aún; yendo más lejos, las privaciones y los horrores de un sitio, los asaltos, la toma, el saqueo; las balas penetrantes que causan horribles heridas, dando vueltas en la carne como el tornillo en la tuerca, balas que en teoría se han suprimido pero que siempre aparecen; por otra parte, los seres inofensivos atacados á su vez por cualquier pretexto, porque ocultan á los suyos ó defienden á los vivos ó son vecinos; y por último, el hambre y la peste coronando la obra de la guerra. He aquí lo que debiera describirse ó de otro modo la verdad disimulada se vengará con la perpetuidad de la guerra.

## El hombre aquel...

El hombre aquel decía cosas malas.

Me sublevé al oírle.

Y salí á pasear por las praderas,  
en las que no son malas las menudas  
hierbecillas, seguido de mis perros.  
Y mientras paseaba, vi mil cosas  
que no dijeron nunca nada malo  
y cándidos y alegres pajarillos.  
Y al ver sobre las ramas agitarse  
los tiernos brotes, me decía:—Buenas  
son estas hojas... por qué hay hombres malos?  
Y en tal quietud, por tantos ignorada,  
sentía en mí crecer un gozo inmenso,  
y una dulzura inmensa en mí surgía  
mientras pensaba yo: Sed mis amigos,  
pájaros, hierbezuelas de los campos;  
amigas mías sed, buenas hormigas.  
Y avanzando á lo lejos por la cuesta  
que al fin está del reluciente prado  
veía á un campesino con sus bueyes  
cual si se adelantara entre la sombra  
de la noche, que, clara, descendía  
sobre mi corazón y sobre el mundo.

## Un poeta decía...

Un poeta decía que cuando él era joven  
florecía en sus versos como el rosal en rosas.  
Cuando yo pienso en ella, me parece que dentro  
de mí charla una pura fuente que no se agota.  
Como Dios da un perfume de templo á la azucena,  
como en el rostro de las guindas coral pone,  
directamente yo quiero en ella poner  
el color inefable de un aroma sin nombre.

*Francis Jammes*

## El Buen Rico

En otro tiempo, cuando Mougue, que me cuenta la historia, aun no era más que un pillete, el castillo pertenecía á un buen rico. Una vez, de lo alto de la azotea, este ricacho distinguió, en el estenso prado por donde pasa el Yonne, al viejo Federico que recogía la yerba y se la llevaba á la boca.

Lo llamó y le dijo:

—Qué es lo que haces allá?

—Señor Conde, como salsifi silvestre, dijo Federico, acercándose con la cabeza desnuda.

El rico sabía que esta yerba es una especie de salsifí de los prados.

Las flores amarillas se abren por la mañana y se cierran cuando el sol ya calienta mucho.

Este salsifí se come en el sitio mismo donde se halla, sin aceite y sin vinagre y tiene un gusto un poco parecido al de la acedera.

El rico llamó al mandador de sus dominios.

Esa era una época de penuria y los señores feudales tenían los graneros en abundancia.

Dijo el rico al mandador:

—Dale un cuartillo de trigo á Federico para que se haga pan; este sodomita allá se está comiendo toda mi yerba.

## La pareja de ancianos

Ella tiene más de setenta años y él más de ochenta.

Acaban de comer y están sentados en la grada de la puerta.

Glorieta pasa y dice:

—Siempre juntos!

—Sí, dice la vieja.

—No podríais separaros uno del otro?

—No, dice el viejo fumando su pipa.

—Pero ambos estáis muy distanciados! Todavía cabe uno más entre los dos. Acercaos, apretaos!

—Nos cornearíamos, dijo la vieja.

—Cómo? tenéis cuernos?

El viejo se quita la pipa de la boca y responde sin mirar á la vieja.

—Ella no los tiene.

—Y él? pregunta Glorieta.

La vieja no responde.

El viejo repite:

—Yo, yo no se si los tengo, pero ella, estoy seguro de que no los tiene.

—Y bien! dice Glorieta á la vieja, hable, á Ud. le toca. Sí ó nó, los tiene él?

Pero la vieja permanece impenetrable cerca del viejo tal vez inquieto y delante de Glorieta que ha concluido por molestarse. Con una sonrisa vaga, pensando en el pasado sin duda, ella se fija en la encina que allá abajo se duerme en el crepúsculo y guarda, para sí, la provechosa confusión del silencio.

*Jules Renard*

## HISTORIAS NATURALES

### El sapo

El sapo, hijo de la piedra, bajo una piedra vive y allí cavará su tumba.

A menudo yo lo visito, y cuantas veces levanto la piedra temo hallarle y temo que haya desaparecido. Pero siempre está ahí.

Oculto en su agujero, donde apenas cabe, lo ocupa plenamente, hinchado como la bolsa de un avaro.

Cuando la lluvia lo arroja de su madriguera, se detiene en mi presencia. Ensayo unos saltitos pesados, y, acurrucándose, me mira fijamente con sus ojos enrojecidos.

Aunque el mundo insensato lo trate como á un leproso, yo me siento á su lado y no temo aproximarme á la suya mi cabeza de hombre.

Ah! logre yo vencer un último esfuerzo de repugnancia y acariciarle con mi mano.

En la vida cuántas veces no se ingurgita un cosas más nauseabundas!

Ayer incurrí en una falta de discreción, mientras él fermentaba, hinchado y sudoroso.

—Pobre amigo,—le dije—no quería darte un disgusto; pero, por Dios, que horriblemente feo eres tú.

El abrió su boca, desdentada y pueril, llena de un tibio aliento, y me respondió con ligero acento inglés:

—Y tú, qué tal?

## Los murciélagos

La noche se aja á fuerza de uso. No se aja en su altura de estrellas, se aja como una túnica que va arrastrándose por el suelo entre los guijarros y las raíces, hasta el fondo de los túneles malsanos y de las cuevas húmedas. No hay escondrijo á donde no llegue un jirón de la noche. Un jirón que las espinas rasgan, que los fríos agrietan y el lodo mancha. Cada mañana, cuando vuelve á alzarse la noche, se le desprenden cintajos que cuelgan y se bambolean al azar.

Así nacen los murciélagos,

Deben á su origen el no poder resistir la brillantez del día.

Después de acostado el sol, mientras tomamos la frescura de la tarde, se despegan de las viejas vigas donde, entontecidos, colgaban de una uña.

Su torpe vuelo nos intranquiliza. Casi rozándonos con sus alas envarilladas y sin plumas giran, revolotean á nuestro alrededor.

Guíanse más por sus oídos que con sus inútiles ojos sin luz.

Mi dulce amiga oculta el rostro y yo vuelvo la cabeza á otro lado por temor de un choque impuro.

De ellos se dice que con un ardor más intenso que nuestro mismo amor, nos chuparían la sangre hasta la muerte.

Qué exageración!

Los murciélagos no son perversos. Jamás nos

tocan. Hijos de la noche, no detestan sino la luz, y con el roce de sus pequeños chales fúnebres buscan bujías que apagar.

## La cabra

Nadie lee la hoja del *Diario Oficial* pegada al muro de la Alcaldía.

Sólo la cabra.

Ella se alza sobre las dos patas traseras, apoya las dos de adelante en el extremo del cartel, meneando los cuernos y la barba y agita la cabeza de derecha á izquierda, cual una vieja señora que lee.

Terminada su lectura, como le sabe bien el engrudo fresco, la cabra se come el papel.

No todo se pierde en el municipio.

## La ardilla

Ligero alumbrador del otoño, pasa y repasa, bajo las hojas, la pequeña antorcha de su cola.

## El papagayo

No era del todo mal! Y él tuvo algún mérito en los tiempos en que las bestias no hablaban, pero hoy todas las bestias tienen talento.

*Jules Renard* (\*)

---

**En el reino del orden.**—Un cañonazo de 100 toneladas cuesta:

proyectiles . . .	700 kg	¢ 870
pólvora . . . . .	450 »	» 760
taco para cartucho	85 »	» 34

¢ 1.664

Un año de pan para 8 familias de campesinos se va en humo y en un segundo. Y los campesinos sudan la gota y... se mueren de hambre. (*Universita Popolare, Milano, Febrero de 1909*).

---

(\*) Humorista francés contemporáneo, y un pintor de paisajes y sobre todo de caracteres. Ha penetrado en el alma de los animales y de los hombres. Es conciso, enérgico y delicado. Es el poeta celebrado de las *Historias Naturales* y de *Felipe*.

**El nuevo planeta.**—*El nuevo planeta* descubierto el 1º de enero próximo pasado (véase nº 2 de ARIEL, vol. 3)... aun no se ha descubierto.

Mr. Pickering solo ha indicado, siguiendo sus cálculos, el espacio de cielo en el cual convendrá buscar el probable planeta allende Neptuno.

En el observatorio de Arequipa, se han tomado ya fotografías de tal región y Mr. Pickering añade que sería de desearse vivamente que los astrónomos que disponen de instrumentos adecuados para exploraciones de este género, emprendieran la busca en conjunto y propone la organización de un estudio sistemático de tal zona en la eclíptica.—Prof. A. Stabile. *Universita Popolare*, Milano, Febrero de 1909).

**El premio Nobel de Física** para 1908 se concedió á *Gabriel Lippmann*, célebre en el mundo entero por su bello descubrimiento de la *fotografía interferencial de los colores*.

El señor Lippmann nació en 1845 y á él debemos numerosas investigaciones sobre las relaciones entre los fenómenos eléctricos y capilares; además, un Curso de Termodinámica y un Curso de Acústica y numerosas é importantes memorias.

El ilustre hombre de ciencia es miembro del Instituto y profesor en la facultad de ciencias.—Prof. A. Stabile. *Universita Popolare*, Milano, Febrero de 1908).

**Contra la embriaguez.**—Para los que sufren de este mal,—dice *O. Pensamento* de S. Paulo, Brazil, en su número de febrero de 1909—existe un remedio casero.

Consiste únicamente en comer manzanas. Las más ácidas son las mejores, porque son las que surten efectos rápidos.

Para calmar el vicio de los ebrios consuetudinarios, las manzanas ácidas constituyen una verdadera medicina. En las casas de salud y en los hospitales ingleses —adonde se mandan los ebrios incorregibles para que se curen—las manzanas han dado los mejores resultados; un excelente régimen alimenticio se compone casi esclusivamente de estas frutas.

**Es preciso dominar la cólera.**—Refrenar la cólera es el patrimonio de una consumada sabiduría. Sócrates recibió una vez un puntapie de un joven insolente. Todos los que lo acompañaban se indignaron mucho y juzgaron un deber perseguirlo. «Dejadlo, les dijo Sócrates, si un asno me hubiera pateado me aconsejaríais acaso echarme encima de él?» Pero bien pronto Sócrates fué vengado: pues todo el mundo agobió á ese joven de tan sangrientos reproches que se ahorcó desesperado.—*Plutarco*.—*La Educación de los niños*.

**Valor curativo del limón.**—El jugo de limón es un remedio excelente para muchas enfermedades. Sobre todo se recomienda á los que sufren dolencias gotosas. Se pelan los limones frescos y se les saca todo el jugo necesario para el día. Con intervalos convenientes, el primer día se toma el jugo de 4 á 6 limones; el segundo, el doble, el tercero de 16 á 24 y así se aumenta de día en día la cantidad hasta tomarse el jugo de 40 á 50. Llega un momento en que la dolencia se debilita, los dolores desaparecen, la hinchazón se rebaja y los miembros comienzan á moverse. Entonces la cantidad del jugo se disminuye como se aumentó hasta que cesa de tomarse. Al mismo tiempo el enfermo llevará una alimentación sencilla, no exitante, variada y no comerá sino cuando verdaderamente tenga hambre. El jugo debe tomarse del todo puro, fresco, sin azúcar ni agua. Siempre que se absorben grandes cantidades de jugo de limón una especie de aturdimiento resulta, pero no tiene importancia, no perjudica... los cabellos, y se quita con solo dormir con la ventana abierta.

Recientemente el Doctor Hugo Laser ha ensayado, con éxito, el limón para el tratamiento de la difteria. Ha observado que los niños enfermos con gusto chupan las rebanaditas de limón, y casi al instante sienten alivio, aun en los casos más graves. El Doctor Laser dice que ha curado varios casos graves de difteria por este medio sencillo. El jugo de limón en ningún caso es nocivo y por lo menos, es recomendable como un alivio de la difteria. El limón se conoce también como un excelente remedio para las afecciones del hígado, de la bilis, en los cálculos, contra las lombrices, en ciertas enfermedades de la piel, dolores de cabeza nerviosos, escorbuto, etc.

La limonada es una bebida muy saludable para los sanos y enfermos. Un sirope de azúcar y limón es bueno para la tos, ronquera, y los males de garganta.

En la embriaguez, con una limonada ó con chupar el jugo de varios limones se calma la fiebre. El jugo puro de limón ó mezclado con sal de cocina quita las manchas de la piel y la embellece.

Una rebanada de limón puesta durante la noche sobre un callo lo reblandece de tal modo que puede arrancarse con facilidad. Si realmente hubiese un remedio que curara todos los males, el limón sería uno. *M. Platen.*—*Libre d'or de la santé.* Tomo II, páginas 1076, 77 y 78.